

Ángel Viñas

SOBORNOS

*De cómo Churchill y March
compraron a los generales de Franco*

CRÍTICA
BARCELONA

Índice general

<i>Prólogo</i>	11
<i>Advertencia al lector</i>	25
1. FRANCO EN LA FASE DE «NEUTRALIDAD ELÁSTICA»	27
El gran mito del Caudillo	28
Los embates de la guerra económica	32
Una España «preimperial» de rodillas.	35
Los planes de la Sección D del Secret Intelligence Service	42
La misión de Peter Kemp para el MI (R)	45
Frente a una «neutralidad elástica»: primeros escarceos británicos.	49
Un nuevo embajador para que Franco no entre en guerra	55
2. EL CONTROVERTIDO ORIGEN DE LA OPERACIÓN SOBORNOS	67
En llegando a Madrid	67
Un informe crucial sobre una situación preocupante.	70
Telegramas supersecretos: consecuencias	75
Con Juan March en el trasfondo.	78
Franco informa a Berlín de que quiere entrar en guerra.	85
El distorsionado origen de FÉLIX.	91
Toma cuerpo la idea de los sobornos	96
Cómo despegó una «compra» poco habitual	101
3. SE CONFIGURA LA COMPRA DE VOLUNTADES	107
Un memorándum fundacional	108
No se juega con la seguridad nacional.	113

Echar a andar en tiempos revueltos.	117
¿Se atreverá Franco a dar un paso al frente?	124
Serrano Suñer se entrevista con Hitler y Von Ribbentrop	135
4. ENTRE LOS SOBORNOS, HENDAYA Y LOS INEVITABLES ESPÍAS. .	145
Hoare al acecho	146
En un momento delicado la economía aprieta.	150
La inicial evolución de SOBORNOS.	157
Serrano Suñer entra en Exteriores.	162
La entrevista Franco-Hitler: tergiversaciones ridículas	166
Tergiversaciones al dictado.	171
Una «cartita», oscuro objeto de deseo.	176
El quid de la cuestión y el Agente T.	188
5. PORTUGAL Y EL NUEVO VIAJE DE SERRANO	197
Jugando con fuego y también con Portugal.	197
Tensiones económicas hispano-alemanas	204
¿Viajaría Serrano a Londres?	208
Entrevistas en Baviera: prosigue la distorsión	211
6. PRESIÓN NAZI Y ESTRATEGIA BRITÁNICA	225
El controvertido, y exagerado, papel de Canaris	226
El funcionamiento real de SOBORNOS	236
Duras gestiones nazis y el mito del ultimátum.	243
La cancelación de FÉLIX	250
De Bordighera y Montpellier: la gran excursión de Franco . . .	254
Supervivencia bajo el sol de la «gloria».	263
7. LOS SOBORNOS SE CONSOLIDAN. JUAN MARCH, TAMBIÉN	267
La lógica evolutiva de SOBORNOS	267
Se mantiene un apoyo fuera de SOBORNOS, pero sin otros compromisos	275
Hillgarth triunfa en Londres.	279
March se fortalece con otra operación secreta.	281
La consagración de SOBORNOS	290
Galarza entra en el Gobierno	293
¿Hay que eliminar a Serrano?	298
8. NUEVAS DIFICULTADES EN ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS.	305
La escena española vista por Hillgarth	306

El sentido de la política británica	314
Los «ligeros» problemas de Hoare	319
Recurso a Washington por vía doble.	326
9. FLANQUEOS A SOBORNOS Y NUEVO CAMBIO DE GOBIERNO . .	339
El enfoque del SOE.	340
¿Hay que actuar fuerte contra Franco?	347
El MI6 en acción y el margen a la diplomacia	351
Las sugerencias de C y nuevas dificultades	357
Franco se resiste como gato panza arriba	361
Surgen nuevos escenarios	365
La visión de Gómez-Jordana.	369
El SOE pasa a la carga	374
10. EN EL ENTORNO DE TORCH.	377
Un nuevo hábito de vida para las dádivas de March.	377
Franco se queda sin Imperio	387
El SOE se mueve, pero controladamente.	394
Planes de contingencia del SOE.	400
Un SOE contrabandista y una ejecución clandestina	404
11. ENTRA EN ACCIÓN NICOLÁS FRANCO.	411
El crucial acuerdo Franco-Asensio Cabanillas.	411
Las subrayadas garantías británicas	418
Franco-March. ¿Un encuentro importante?	421
Un Kindelán cantor	425
¿Y qué pasaba en el Imperio del mal?	431
12. LA TODAVÍA NO RECONOCIDA RELEVANCIA DE JUAN MARCH Y SUS DÁDIVAS	439
Hay que dar la cara por March.	439
Otra visión sobre el banquero mallorquín.	444
Los últimos coletazos de SOBORNOS	447
La operación en perspectiva comparada	448
Significación histórica.	451
La importancia económico-financiera.	454
<i>Money</i> , muchísimo <i>money</i> para los sobornados	460
Hillgarth inducido a dejar España.	465
Un informe muy secreto y acertado: lo que Franco haría.	467

13. UNA MELANCÓLICA REFLEXIÓN FINAL	475
14. Apéndice. LA GUINDA SOBRE EL PASTEL:	
PLANIFICACIÓN POLÍTICA CONTRA FRANCO	493
Una nueva agencia supersecreta	493
Despegan los trabajos del PWE.	497
En el caso de una invasión nazi.	505
Con Franco y contra Franco	508
Percepciones diferentes sobre la situación española.	517
Los memorandos de Mrs. Pickering	522
Cerrando la tienda	530
<i>Fuentes primarias y bibliografía.</i>	535
<i>Índice de acrónimos o siglas</i>	547
<i>Índice onomástico y analítico</i>	549

1

Franco en la fase de «neutralidad elástica»

EL MÁS SIGNIFICATIVO de los numerosos timbres de gloria que corresponde a Franco es muy claro. Según sus panegiristas, después de alcanzar la victoria en la cruzada contra el comunismo —y la «escoria de la nación», como afirmó ante las sumisas Cortes del Reino—, estriba nada menos que en haber mantenido a España fuera de la segunda guerra mundial. El Caudillo aparece como el superhombre que, con prudencia y habilidad rayanas en el genio, jugó con Hitler como el ratón juega con el gato. Así ganó tiempo hasta que el Tercer Reich dejó de constituir una amenaza para España. Ni que decir tiene que estos «logros» del Caudillo aparecieron casi con letras mayúsculas en la entrada que sobre Franco aportó el profesor Luis Suárez Fernández al *Diccionario bibliográfico español*.¹ Las ha reiterado, sin pruebas, en un libro aparecido en 2015 con motivo del XL aniversario del 20N.²

1. Tal entrada, al parecer ya en vías de rectificación en el momento de escribir estas líneas, mereció elogios de un historiador tan distinguido como Richard Herr: «Overall I find the biography objective, but not unfavorable, if somewhat weak on details and dates». Herr no menciona en absoluto la polémica que suscitó entre historiadores y se refiere, exclusivamente, a la que aventaron los periodistas.

2. Este libro tiene mucho de *copy and paste* de dos de sus obras anteriores (en el caso que nos ocupa ahora, de la de 1977). En este contexto afirma: «en sus notas Franco explica que cada vez confiaba menos en Hitler, pero sería muy peligroso desobedecerle» [sic]. (Suárez, 2015, p. 155). Esta frase no la he encontrado en el libro anterior ni he identificado tampoco las notas. Si alude a las publicadas por la FNFF, estas se detienen prácticamente al final de la guerra civil, con dos meras alusiones al pacto Antikomintern y a una entrevista deseada por Göring al término de la contienda. Si son nuevas, sorprende —por decirlo con cierto tacto— que no haya indicado la fuente. Como veremos más adelante, el profesor Suárez no es un autor demasiado fiable.

EL GRAN MITO DEL CAUDILLO³

Podría argumentarse que el esfuerzo invertido en esta obra con el fin de situar en sus exactos términos el presunto mérito de Franco no se justifica desde un punto de vista crítico. Al menos si se hace dejando de lado el hecho de que el período comprendido entre 1940 y 1943, en el que me concentro, fue el trienio en que continuaron arrojando sus amargos frutos las políticas de liquidación, represión y humillación de los vencidos. Pero no me olvido de ello. La publicación de algunos trabajos de Francisco Moreno Gómez y Juan José del Águila, con su apabullante acumulación de datos primarios, inhibe la repetición. Espero, además, que sirvan como contrapunto a las curiosas tesis de algunos historiadores extranjeros. De esos que extienden poco menos que un certificado de si no buena conducta, sí al menos de conducta «con arreglo a ley» a muchos de quienes accionaron los mecanismos sobre los cuales se apoyó la sangrienta victoria en la larga posguerra.

Ante la hipertrofia constante del «inmenso» logro de Franco, la evitación de millares, si no de centenares de millares, de potenciales víctimas que indudablemente se habrían producido de haber seguido España al Eje, el exministro de la Gobernación y de Asuntos Exteriores, Ramón Serrano Suñer, también quiso garantizarse una parcelita en la que pudiese disfrutar del sol de la gloria.

Serrano lo hizo tanto en sucesivas versiones de sus, en general, no fiables memorias como en sus conversaciones con, por ejemplo, Heleno Saña e Ignacio Merino. En puntos claves, mintió como un bellaco. Fallecido el dictador, el exministro aportó nuevos datos y subrayó que Franco y él creyeron, sí, en la posibilidad de una victoria alemana (ahora, según afirma nuestro hagiógrafo favorito, tal no fue el caso) pero que... Sin nada de modesto escudero, a él fue a quien le tocó desempeñar con todo vigor el papel de defensor del recio parapeto español y, además, en la primera línea de fuego. En Berlín y en Bertechsgaden, «representante desvalido de un país agradecido e inerme», «frente a frente», enarboló «personalmente» la bandera. Y también salvó a la PATRIA.

La realidad fue más compleja. *Franco nunca tuvo demasiado interés en cometer suicidio o en fenecer con la dictadura que estaba montando.* Desde el posicionamiento previo en que ya manifestó sus querencias

3. Una reciente puesta al día sintética del tema la ha hecho Collado Seidel, en 2012. También en su biografía de Franco, en 2015. Paul Preston ofrece una visión general, no superada salvo por él mismo.

pronazis:⁴ i) ayudó inmediatamente bajo cuerda al Tercer Reich en todo lo que pudo; ii) empezó sin tardanza los preparativos para trasladar a la acción sus sueños de expansión territorial; y iii) se esforzó para que Hitler le garantizase su ansiado Imperio en el norte de África. *No lo consiguió por razones que no tenían mucho que ver con él. Tuvieron que ver esencialmente con: a) los objetivos mediatos de Hitler en unas circunstancias de indecisión estratégica en Berlín; y b) con las influencias que los británicos proyectaron sobre España y el entorno del glorioso Caudillo, tanto por vías convencionales como no convencionales.*⁵

SEJE no llegó, en consecuencia, a fijar una fecha precisa para dar el paso definitivo, en espera de cómo evolucionasen los acontecimientos. Su comportamiento recuerda algo al de tipo carroñero de Mussolini, aunque este se precipitó desde otra posición previa, quizá por si no llegaba a tiempo del reparto del botín. Todo esto es sabido, aunque con frecuencia se distorsiona. Un ilustre diplomático afirmó que «fue un verdadero milagro que España pudiera haberse mantenido al margen de la segunda guerra mundial».⁶ Mala cosa cuando hay que recurrir a lo sobrenatural, porque debería ser evidente que los milagros no suelen hacerlos ni los hombres ni las mujeres.

A diferencia de tan ilustre ejemplo de analista, aquí otearemos algo de lo que hubo detrás de tal «milagro». Haré lo que, en mi modesta opinión, un historiador debe hacer: contraponer críticamente al mito la más amplia base documental disponible, identificada y no a lo Suárez, y llevarlo adonde debe ir, en este caso a la cesta de los papeles. Recordaré, en todo caso, que lo único que Franco tenía para ofrecer a Hitler era la posición geoestratégica de España (algo que brindó posteriormente a los norteamericanos a precio de saldo). No el Ejército de la VICTORIA, incapaz de entrar en una guerra internacional moderna.

En contra de los sueños imperiales franco-serranistas-falangistas, se combinaron vectores fundamentales que ni el dictador ni su escudero pudieron romper. Jamás fue factible cortar la dependencia comercial y ener-

4. Viñas, 2015, cap. IV. Advierto al lector de que mi reconstrucción está en las antípodas de lo que afirma Suárez en 2015.

5. A algún lector podría parecerle rara esta argumentación que choca frontalmente con los recuerdos que del Caudillo en aquella época ha dejado su primo, Franco Salgado-Araujo, pp. 268s, lo exonera en efecto del «deseo de intervenir en la contienda, pues no lo consideraba beneficioso para España».

6. Oliví, p. 309. También en p. 300. Dos de los primeros historiadores españoles en desmontar el mito fueron Morales Lezcano y Marquina, cuyas pioneras obras suelen ignorarse.

gética de los suministros ultramarinos que controlaban los anglo-norteamericanos. La economía, que arrastraba las secuelas de la guerra civil, no funcionaría. El hambre hacía estragos en la población. No el hambre que se había sufrido en la zona republicana. Me refiero al hambre que se acercaba, según percibieron de manera correcta y por separado nazis y británicos, a condiciones que bordeaban las hambrunas medievales y que, añadido, tenía acentos particularmente destructores entre la inmensa población carcelaria. A Franco, el hambre de la población, y sobre todo la de los vencidos, podía darle igual si los frutos de la entrada lo compensaban en el futuro. En la perspectiva de una contienda alargada, la cosa era diferente. ¿Cómo sortear los verosímiles líos subsiguientes desde la todavía no demasiado firme base material de la dictadura?

Hoy el historiador debe añadir otro vector, no desconocido pero tampoco totalmente apreciado en su significación y modulación a lo largo del tiempo: el multimillonario Juan March (quien no aparece en ningún contexto relacionado con la segunda guerra mundial en la obra de Suárez de 2015) vehiculó sobornos importantísimos otorgados por Londres e indujo a personas próximas a Franco primero, y a algunos otros militares y políticos después, a que le disuadieran de acometer una aventura sumamente peligrosa.⁷ También para muchos de ellos, quizá, si las cosas fuesen mal. ¿Qué sería de su rutilante futuro una vez que hubieran empezado a saborear las mieles del triunfo?

La desclasificación en 2013 de documentos hasta entonces secretos del Foreign Office permite llegar a la conclusión de que esta corrupción de la élite político-militar de la dictadura representó una de las más brillantes y *costosas* operaciones emprendidas por los británicos durante toda la segunda guerra mundial de cara a España, país sobre el cual se volcaron además poderosas organizaciones de espionaje, información y, llegado el caso, sabotaje.

Tal conclusión no se acepta de forma generalizada. Tampoco es de extrañar. ¿Cuáles son las consecuencias analíticas? Habría que rebajar

7. Smyth, en 1986, fue el primer autor en llamar la atención sobre esta operación. Posteriormente, la amplió en un conocido artículo de 1991 del que ha «chupado» mucha gente. No, quizá sea innecesario decirlo, Luis Suárez (1997), que la silenció en su totalidad. Continúa haciéndolo en 2015. También la han abordado Wigg y Hart-Davis. Las referencias de Payne, 2008, pp.116s, no contienen ni un átomo de investigación propia, como es normal en este autor. Sí ha contribuido mínimamente con alguna nueva documentación Sáenz-Francés, 2009, pero ya no se refiere a ella en su trabajo de 2014, de título un tanto exagerado. Sobre la valoración a la que han llegado, con escasos esfuerzos, Payne/Palacios haré alguna consideración más adelante. Aquí sería prematuro.

drásticamente la gloria del por algunos todavía venerado Generalísimo o la del tan alabado Serrano Suñer. La «hábil prudencia» de ambos parecería como lo que fue en realidad, un invento de corte goebbelsiano. Por otro lado, la corrupción detectable entre los grandes generales franquistas no les aporta muchos dividendos históricos. ¿Cómo continuar dando caba ilimitada a su memoria de grandes patriotas?

La investigación no enfeudada a los mitos franquistas ha puesto de relieve que el período de lo que Ros Agudo,⁸ entre otros, denominó «la gran tentación» del dictador español se sitúa entre el tiempo que media desde la entrada en guerra de Italia y la derrota de Francia en junio de 1940 hasta las derivaciones de la mitificada conferencia de Hendaya, es decir, los primeros meses de 1941. En tal período, la corruptora operación SOBORNOS había dado muestras de su inmensa valía y conseguido sus objetivos principales. No obstante, su dinámica aumentó en intensidad y alcanzó su clímax en los dos años siguientes, hasta mitad de 1943. De esto no se ha escrito demasiado.

Las declaraciones de Serrano de que fue él quien más contribuyó a idear la estrategia que había que seguir también deben quedar, dada la inexistencia (¿por el momento?) de una base documental que nunca suministró, en mera y simple autojustificación. En todo caso, resulta claro que a Franco y a él les costó un gran esfuerzo sustraerse plenamente a sus ensueños imperiales sobre Marruecos y el Oranesado. Con todo, la ayuda franquista a los nazis, cada vez más diluida, subsistió prácticamente hasta 1945, como demostró hace años Ros Agudo.

Si Serrano Suñer se erigió su propio monumento, apoyándose en lagunas documentales surgidas no precisamente por casualidad, aquí me permitiré levantar dos: uno al discutido embajador británico sir Samuel Hoare, hombre de «encrespada irascibilidad», como se le apostrofó en alguno de los papeles que circularon por el Palacio de Santa Cruz, y otro al banquero que financió el 18 de Julio. *Con su papel en el mantenimiento de la neutralidad o no beligerancia, Juan March se ganó a pulso un distinguido lugar en la Gran Historia que pocos le han reconocido.* Afirmino esto sin entrar en consideraciones de carácter personal, ajenas a mis planteamientos metodológicos.

A dicha evolución también coadyuvaron las circunstancias, sobre todo económicas y que manejaron tras duras pugnas internas los británicos. Empezaré con estas que no suelen enfatizarse y en las que, por supuesto, no entran los bió(hagió)grafos de Franco, el profesor Stanley G. Payne y el

8. Tampoco aparece en Suárez, 2015, salvo una vez y solo para uno de sus libros.

periodista Jesús Palacios. Tampoco, dicho sea de paso, el Suárez de 2015. Como si no existiese literatura.

LOS EMBATES DE LA GUERRA ECONÓMICA

Nada más estallar el conflicto europeo, el Reino Unido adoptó drásticas medidas (mucho más sofisticadas que en la primera guerra mundial, como ha recordado García Sanz) para cortar los suministros a Alemania. Francia siguió de inmediato. El impacto sobre España no se demoró lo más mínimo.⁹ Acentuó las consecuencias de la carencia de divisas y sujetó a las exportaciones e importaciones españolas a una minuciosa regulación extranjera.¹⁰ *La independencia económica, tan ensalzada por falangistas, «pelotas» de variado pelaje y numerosos cantores de la autarquía, se volatilizó de golpe.* Esta constatación elemental no la encontrará el lector en los últimos panegiristas de Franco.¹¹

Sin tal independencia, en aquellos tiempos se requería algo más que los milagros para evitar que la política del inmarcesible dúo SEJE-cuñado no se viera constreñida, cuando no yugulada. Jugar a soberanos en época de guerra exterior y de choques de Estados nacionales pero sin la menor base económica es arduo, aunque no imposible, pero para ello se habría necesitado otro líder y otras instituciones. Por cierto, debo señalar que el impacto de las medidas británicas (y francesas durante seis u ocho meses) ha de verse en la perspectiva española y no solo de los aliados, que es lo que se hace con mayor frecuencia en la literatura.

9. Unos días antes del estallido, se informó a Franco de que el Gobierno británico estaba dispuesto a respetar la neutralidad española. Esta fórmula difería de las utilizadas en comunicaciones a otros países, según las cuales solo se respetaría si hacían otro tanto. TNA: FO371/24515. «Spanish attitude to the war», 18 de abril de 1949. ADVERTENCIA AL LECTOR: *En este libro toda la documentación británica procede de la serie FO371, referida a España, mientras no se indique lo contrario. En este caso se identifica la serie correspondiente. Si no hay referencia, debe entenderse que se trata de la FO371.*

10. En Viñas *et al.*, pp. 319-366, se encuentra un amplio estudio de tales efectos, basado en EPRE. El profesor Suárez, 1997 y 2015, no menciona nada de tal documentación y, cuando ocasionalmente alude a aspectos económicos, se cuida de extraer cualquier consecuencia política que no revierta en la sagacidad sin par de SEJE. Su absoluta incompreensión de la realidad económica de la época es hiriente. Lo mismo ocurre con Serrano, para quien los temas económicos parecen haber sido bastante secundarios. Payne/Palacios, 2014, pasan literalmente de puntillas. El porqué es un misterio.

11. La alternativa era forzar la producción interior. Hasta Franco lo comprendió (Suárez, 1977, p. 138). El problema era cómo lograrlo. En España no se llegó a aceptar una estrategia eficiente hasta finales de la década de 1950. Otra historia.

En la medida en que Stalin cumplió fielmente con sus compromisos de suministro de materias primas al Tercer Reich derivados del pacto Mólotov-Ribbentrop, poco de lo que el Reino Unido pudiera hacer en altamar afectaría de manera vital a la economía alemana. Tras las conquistas de 1940, Hitler controló, además, casi todos los recursos de la Europa central y occidental. Sin embargo, las cosas fueron muy diferentes para España. Su comercio exterior tuvo que sortear las trabas impuestas por las listas de control del contrabando, los acuerdos comerciales bilaterales inspirados en las necesidades de guerra, los *navicerts*, las garantías sobre barcos (*ship's warrants*), las listas negras y, no en último término, el bloqueo marítimo de los aliados.

La finalidad del manejo de todos estos instrumentos estribaba en impedir, de la forma más amplia posible, que los alemanes obtuvieran productos del extranjero y pudiesen exportar los propios. Al yugular el comercio alemán primero, y el de la Europa ocupada después, los británicos se remontaron a una experiencia cuya eficacia ya había quedado demostrada en las guerras napoleónicas y revalidada en la Gran Guerra. Lo más novedoso (aunque ya se había utilizado algo en esta última) fue el sistema de *navicerts* que se introdujo en diciembre de 1939.

Este sistema se basaba en la emisión discrecional de certificados que atestiguaban que el cargamento que transportaban los barcos cumplía los requisitos exigidos por las autoridades encargadas del control del contrabando. Se concedían tras las correspondientes comprobaciones por los consulados británicos en los puertos de embarque. Gracias a tales certificados era posible pasar, sin otras diligencias, el control que efectuasen los navíos de guerra en altamar. El barco que no los llevara debía someterse a las inspecciones correspondientes. La carga, en caso de vulnerar las disposiciones sobre contrabando, podría considerarse buena presa.

A partir del 30 de julio de 1940 se reforzó el sistema. Los barcos sin *navicerts* serían susceptibles de captura. Los exportadores debían acreditar que los productos no eran de origen enemigo o que en los mismos no tenía interés alguno el adversario. Los neutrales protestaron. El Gobierno de Franco también. Unos y otro tuvieron que aguantarse. En una lucha a muerte, los británicos, y más tarde los norteamericanos, nunca estuvieron dispuestos a andarse con chiquitas.

La obtención de los *navicerts* no era sencilla. En muchas importaciones, dado el enrarecimiento general de los mercados internacionales, las opciones de compra podían llegar a su vencimiento sin todavía haberlos recibido, ya que debían solicitarse una vez que se concretaran tales opciones. *El abastecimiento español (como el de los neutrales en general) quedó*

subordinado a las acciones, discriminatorias o retardatorias, de los organismos de guerra económica aliados. Ni que decir tiene que la corrupción hizo de las suyas para encontrar formas de eludir los controles, con el consiguiente retraso en las importaciones. Además, era muy fácil someter al adquirente, en este caso España, a presiones adicionales, mediante la simple manipulación de los ritmos de concesión de los certificados.

Si las mercancías eran de urgente necesidad, tales retrasos podían ser muy perjudiciales. Los aliados utilizaron de manera abundante este tipo de medidas para *configurar las corrientes españolas de adquisición de alimentos, materias primas y productos petrolíferos. Se influía así directamente en el consumo de la población y en la capacidad de producción de la economía*, que no era una maravilla. Ya podían disertar Franco, sus políticos, sus militares y sus esbirros todo lo que quisieran sobre la independencia y la soberanía inquebrantables de España. Los *navicerts* se convirtieron en una auténtica pesadilla contra la cual nada cabía hacer, salvo doblarse. Y, ni que decir tiene, la dictadura se dobló.

Las restricciones que implicaba la intervención foránea permitieron a Londres (y después también a Washington) inmiscuirse en la producción y distribución internas. Tal potencialidad se manejó con cuidado. Tras muchas discusiones, *los aliados no quisieron llevar a la economía española a un callejón de salida, pero tampoco proporcionarle demasiado fuelle. El comportamiento, más o menos neutral, de Franco justificaría que se dieran zanahorias o palos a los españoles.* Se añadió la interferencia en los tráficos de soberanía con las islas y las colonias, incluido el Protectorado. Ni siquiera se excluyeron los transportes por cuenta del Estado, ni los destinados a las depauperadas Fuerzas Armadas.¹² Escribir sobre Franco y la guerra mundial y no perder el tiempo en este tipo de cosas (¿tan triviales?) raya en la desmesura histórica.

Las posibilidades de fastidiar fueron innumerables. En caso de negarse a aceptar las condiciones en que se desarrolló la guerra económica, los aliados podían dar un apretón a la tuerca de los *navicerts*. O a las garantías sobre barcos que confirmaban que solo los buques neutrales que a ellas se acogieran podrían tener acceso a las facilidades portuarias habituales en el extranjero. Los británicos, y más tarde los estadounidenses,

12. A lo mejor dentro de muchos años podrá consultarse la documentación relevante, todavía cerrada a cal y canto, en los archivos militares españoles. Quizá se comprobará entonces cuántas lágrimas ardientes desparramaron Franco y sus generales ante la escasez y su concomitante, el mercado negro. Nos consta que al menos Carrero Blanco lloró un pelín.

dispusieron de la posibilidad de seguir la pista de los barcos españoles que comerciaban directamente con la Europa no ocupada (Irlanda, Portugal, Reino Unido, Suecia y Turquía) y con ultramar. Por último, las listas negras incluían a todas aquellas empresas controladas por intereses alemanes y con las cuales estaba prohibido a los neutrales mantener relaciones comerciales.¹³

UNA ESPAÑA «PREIMPERIAL» DE RODILLAS

Ya en la fase inicial de la contienda (*la drôle de guerre* o *the Phoney War*, como se prefiera), las medidas británicas y francesas determinaron el súbito colapso del comercio español con el Tercer Reich. Como el orgulloso «nuevo Estado» había descuidado normalizar el tráfico económico con las potencias democráticas, el vendaval lo cogió totalmente en mantillas. Esto no está precisamente en consonancia con la, por algún autor cacareada, eficacia en su funcionamiento que fue, sin embargo, casi siempre un desastre, excepto para imponer el terror.

El 16 de septiembre de 1939, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, el coronel Juan Beigbeder, expuso a su colega, el ministro de Industria y Comercio, el coronel Luis Alarcón de la Lastra, que la forma excepcionalmente dura con la que el Reino Unido conducía la guerra en el terreno económico planteaba la necesidad inaplazable de buscar nuevos mercados. Nada fácil, fuera de las zonas de la libra y del dólar.¹⁴ *A los británicos, ¡pobres diablos!, el «nuevo Estado» les había desdeñado orgullosamente.* La embajada en Madrid había enviado notas el 24 de abril, el 7 de junio y el 18 de agosto de 1939 donde solicitaba entrar en negociaciones comerciales. Sin el menor éxito. Algo que ocultan los panegiristas de Franco.

Para aminorar las consecuencias del corte, en octubre del mismo año, Londres comunicó que el Reino Unido estaba dispuesto a comprar los excedentes de producción y todo lo que absorbía antes el mercado ale-

13. De seguir el enfoque de Barbieri, ¿no podríamos hablar entonces del intento de creación de una especie de «imperio informal» aliado o, al menos, anglosajón, en un principio? Es decir, tratar de impedir la diversificación de las economías de países dependientes de su comercio exterior para sobrevivir. Plantear la pregunta en estos términos equivale a responderla con un no. Igual que en el caso nazi, idea fundamental de tal autor, acerca de las relaciones comerciales hispano-alemanas durante la guerra civil.

14. Se mantuvo una pequeña corriente de exportaciones a Alemania a través de Italia y por vía aérea.

mán.¹⁵ Vano intento. Franco continuó golpeándolos con su proverbial desprecio,¹⁶ salvo en lo que se refiere a la regulación de las deudas comerciales acumuladas durante la guerra civil. Menos aún he visto disquisiciones de los plumillas neofranquistas acerca de la racionalidad de tales negativas, tan en detrimento de la economía y sociedad españolas.¹⁷

Esta «genial perspicacia» del Caudillo, la hipertrofia de las relaciones con el Tercer Reich en la guerra civil y en los meses de entreguerras así como la absoluta desorganización de la Administración (aunque en la represión hubo pautas muy consistentes) habían puesto al descubierto todos los problemas y todas las desidias. También las consecuencias de un acuerdo firmado con Berlín, por el cual España se había comprometido a dar cuenta de las negociaciones que entablara con otros países, concediendo un derecho de prioridad a los alemanes. No lo digo yo. Lo afirmó la Comisión Interministerial de Tratados en su sesión del 20 de octubre.¹⁸ No he encontrado a ningún historiador profranquista o neofranquista que haya reparado en lo que ello significó. Una casualidad.

A pesar de los ditirambos y juegos malabares, la imprevisión fue tanto más notable cuanto que la situación económica de la España reunificada había ido deteriorándose rápidamente hasta llegar a niveles muy críticos. Esta afirmación se basa en una fuente nada sospechosa, como fue el Ministerio de Agricultura, bajo control falangista. Hubo que reorientar los intercambios, aspecto nada sencillo, hacia Francia, los neutrales y la zona de la libra, pensarán lo que pensasen los alemanes. Solo en tales países podría encontrarse, vía exportación, la posibilidad de generar medios de pago para financiar importaciones. Los negocios de compensación, sin manejo de divisas, no eran suficientes.

De ahí los acuerdos comerciales con Francia, en enero de 1940, y con Inglaterra, en marzo, públicos unos, secretos otros, que habían sido pre-

15. Incluso excedentes de material militar, ya fuesen *hardware* o consumibles, pero por diversas razones, incluida su mala calidad, no parece que se concretara nada. TNA: 24518 contiene la documentación relevante.

16. El coronel Albert, 2012, p. 277, considera que los aliados hicieron «una serie de atenciones y concesiones» que España no había conocido en doscientos años. No estoy de acuerdo, y me parece una exageración, aunque más exacta que afirmar, como hizo en un trabajo anterior, que «España se había convertido en la “niña mimada” de las cancillerías europeas».

17. En el ínterin, los británicos creían que España no exportaría mercancías al Tercer Reich si no estaba segura de una victoria nazi. Esto lo señaló el entonces embajador sir Maurice Peterson a comienzos de 1940. Alpert, p. 22.

18. AMAEC: R-2184, E 2. Naturalmente Suárez no dice ni pío. Barbieri, p. 392, menciona la Comisión, pero no aduce fuente alguna.

cedidos por un pequeño convenio de préstamo.¹⁹ A pesar de su importancia política, desde el punto de vista económico fueron gotas de agua en un océano.²⁰ Las necesidades no cesaban de aumentar, pues existían déficits notabilísimos en numerosos productos alimenticios. La zona franquista había funcionado en condiciones de cierta abundancia durante la guerra civil, que tanto han exaltado algunos autores a la mayor gloria de Franco. Al reunificarse el territorio, la producción no dio abasto. Todos los testimonios recopilados de fuentes internas o publicadas ratifican este dato esencial, que reconocen generosamente Payne/Palacios.²¹ Menos mal.

La normalización de relaciones económicas exteriores se abordó a través de acuerdos combinados de comercio y de pagos que canalizaban la liquidación de las obligaciones mediante cuentas de *clearing*. En alguno de ellos los negociadores españoles consiguieron introducir puntas en divisas libres, es decir, cláusulas que generaban ciertos montantes en moneda extranjera convertible. Estas eran absolutamente imprescindibles, ya que las operaciones de importación y exportación no se compensaban unas con otras en su totalidad. La mayor parte de tales acuerdos se realizó en general con los países europeos, beligerantes u ocupados. Con el resto del mundo, el comercio se mantuvo en un principio sobre la base de compensaciones o comprando y vendiendo productos pagaderos en divisas libres.

¡Divisas libres! ¡Quién las viera en aquella época! La brutal escasez existente hizo necesario concluir otros acuerdos de creación suplementaria de medios de pago. Abarcaban arreglos de adquisición directa de determinados productos mediante fórmulas varias de liquidación aplazada. La imaginación burocrática dio pasos de gigante para asegurar el suministro de bienes absolutamente esenciales. No se limitó solo a la revisión de los convenios de comercio y *clearing* que no podían funcionar mediante listas de intercambio teóricas. También se concluyeron arreglos complementarios basados en listas revisables en períodos muy cortos. Los apolo-

19. Que ello supusiera, como afirma tal autor, p. 261, meramente un deseo del régimen de «reafirmar su nueva libertad» frente a los alemanes es especulativo.

20. No había cobertura para 138.000 toneladas de azúcar, ni para 10.000 cajas mensuales de leche durante seis meses. Faltaban bacalao, legumbres secas y arroz. Meros ejemplos de la escasez dominante y que no tardaría en agravarse.

21. La primera historiadora que conozco en adentrarse en las fuentes internas, en este caso de la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes (CAT), fue María de los Ángeles Arranz Bullido. Más tarde han proliferado trabajos basados en fuentes abiertas, generalmente periodísticas.

getas del franquismo, situándose en las altas cumbres de la política, no dicen demasiado al respecto.²²

Tiene importancia uno de los protocolos secretos anejo al acuerdo finalmente firmado con los británicos en marzo, que Suárez ni otea, a pesar de que ya lo citó Morales Lezcano.²³ Londres se comprometió a conceder atención benévola a los deseos del Gobierno español y a ayudarle a efectuar compras en el área de la libra. Mediante otro protocolo, también secreto, aceptó facilitar el paso por el control de contrabando de determinadas mercancías imprescindibles para la economía española, siempre que no se reexportasen. Pero la maraña de disposiciones en que quedó envuelto el comercio hispano-británico, y la puntillosa supervisión del mismo, no dejaron resquicio a grandes alegrías.

En cuanto el embajador británico protagonista de esta obra se dio cuenta de su significado, puso el grito en el cielo. Si se continuaba procediendo así, sería la mejor forma de echar a los españoles en los brazos de los alemanes.²⁴ Era obvio, salvo para los falangistas y antibritánicos de toda laya, que entonces abundaban, que *la supervivencia económica española dependía en gran medida de Londres y que Whitehall se movería exclusivamente por la necesidad de conseguir que España se mantuviera neutral*. Punto.

Las medidas comerciales y financieras británicas se subordinaron a las políticas. El ministro laborista de Guerra Económica, Hugh Dalton, sugirió que el caso español debía adaptarse a la estrategia general y no al revés, pero no lo consiguió. Como veremos más adelante, no tardó en quejarse ante el embajador soviético de tal fracaso achacándolo al embajador en Madrid. Por otro lado, la línea oficial nunca quiso empujar a Franco a una situación tal en que pudiera sentirse forzado a entrar en guerra al lado del Eje.

22. Suárez, 2015, p. 156, en un alarde analítico afirma que la neutralidad permitiría «continuar la reconstrucción interior» y «activar el comercio que la guerra haría más beneficiosa». En realidad, no hubo efecto alguno de primera guerra mundial. Ya lo demostré, con un equipo de especialistas, en 1979.

23. A decir verdad, ni siquiera se ha molestado en examinar este período. Según Suárez, 1997, p. 238, el primer acuerdo comercial hispano-británico data de septiembre de 1940. Pues no. Moradiellos, 2005, pp. 98-106, ha rellenado el alegre hueco (una casualidad) que dejó abierto el ilustre hagiógrafo. Tampoco menciona Suárez el pionero estudio de Alpert de 1976. Ni el clásico libro de Feis, p. 24. Pequeñas omisiones de lo más normal.

24. A su vez, el MGE, dirigido por el laborista Hugh Dalton, quiso mantenerse en sus trece. Las querellas internas británicas son interesantes, pero no para esta obra. En general, Hoare se salió con la suya con una política de concesión-presión que, de manera pragmática, se justificó por sus éxitos.

Desde el principio, se sabía a orillas del Támesis que el Gobierno franquista no se encontraba en condiciones económicas ni militares de tomar parte en la guerra europea. También creyeron los británicos que Franco no estaba muy decidido a dar tal paso, pero la seguridad nacional no podía hacerse depender en lo más mínimo de las decisiones arbitrarias de un dictador influenciado por los alemanes.²⁵ La política comercial de guerra se aplicó para hacer ver a Franco que más le valía tener relaciones más o menos normales con los aliados. Y también porque Londres necesitaba materias primas españolas: mineral de hierro, piritas, plomo, sulfuro, mercurio, frutas y hortalizas, etc.²⁶

En junio de 1940, los británicos suavizaron su postura a pesar de la declaración de no beligerancia española y *ofrecieron grandes cantidades de trigo en unos momentos en que el hambre se extendía por todo el país y que las cosechas habían sido las peores posibles*.²⁷ Los alemanes habían reconocido que no podían satisfacer en modo alguno las necesidades de productos alimenticios que debían seguir fluyendo de allende el Atlántico.²⁸ La situación en materia de petróleo era, además, absolutamente dramática. Los nazis no descollaron (señal inequívoca) por la agilidad de su contrapropaganda. *Frente a algunas de las brillantes exposiciones públicas que hizo Churchill de no permitir que los españoles se hundieran en la miseria, el Führer guardó silencio*. Su sabiduría e intenciones las reservó para sus militares y diplomáticos, creyentes a ciegas en el Reich de los mil años de gloria y de botín.

Por supuesto, los brutales amos del nuevo Imperio berlinés se indignaron por la conducta de que empezaron a hacer gala los españoles en temas comerciales. Göring, zar de la *Luftwaffe* y del Plan Cuatrienal, se mostró particularmente agresivo. Muy en carácter. Es difícil que por parte española, aun cediendo de forma parcial, se le mirara con buenos ojos salvo quizá en el caso de los funcionarios más nazificados que tanto abundaban.²⁹

25. El propio embajador británico en Madrid en la época, Peterson, también lo creía así. Preston, 2015, p. 395.

26. TNA: 24515. Carta de William Strang al general Ismay, 19 de abril de 1940.

27. Por ejemplo, aceptaron que barcos cargados de trigo atravesaran la zona de control naval sin demora ni registros. Un total de 200.000 toneladas llegaron en plazo rápido a los puertos españoles. Moral/González, p. 11, afirman simplemente que los británicos facilitaron «la importación de alimentos de primera necesidad y materias primas». Un pelín demasiado suaves.

28. AMAF: legajo R 88/v. 1137, *Beobachtung des Aussenhandels der Feindstaaten und Neutralen. Spanien und Portugal*. Aludí a este tema en Viñas *et al.*, 1979.

29. García Pérez, pp. 219, *passim*. Suárez omite cualquier referencia a esta obra fundamental española. Pedirle que acuda a la literatura extranjera sería demasiado. En,

Nada de esto trascendió al público. Sí lo hizo en la Administración política y comercial pero, posiblemente, no llegó a muchas otras esferas del funcionariado.

En este sentido, ¿cómo explicar los comentarios que aparecían en el diario falangista *Arriba*, bajo el control de Serrano Suñer que, naturalmente, no dijo en sus memorias nada al respecto? Tampoco es de extrañar. El vocero del partido único y de denominación kilométrica no había tardado dos minutos en emitir gritos estridentes. Seguía siendo un periódico de lectura obligada en las embajadas, ya que permitía otear las intenciones de los sectores más proclives al Eje. El tono adquirió acentos preocupantes para los británicos en el cuarto aniversario de la sublevación de 1936. Al glosar un discurso crípticamente agresivo de Franco, el periódico se dejó llevar por unos arrebatos joseantonianos que no solían ver la luz en su concreción geográfica:

*No hemos hecho la Revolución, y, como un deber y una misión del pueblo, nos quedan el mandato de Gibraltar, la expansión africana³⁰ y la permanencia de la política de unidad. España está sobre sus problemas y dos millones de soldados defenderán la integridad de sus derechos. Necesitamos crear un Imperio, y estas palabras no serán palabras vanas.*³¹

Insertar aquí un ¡Viva Franco! sería obligado. Ahora bien, a pesar de tales sandeces de cara a la galería, la procesión iba por dentro. ¿Ejemplo? Un informe urgente elaborado para conocimiento del Consejo de Minis-

ADAP, D, XI, 1, doc. n.º 62, una nota, fechada el 16 de septiembre de 1940, estimó lo que el Tercer Reich podía entregar en material de guerra y productos alimenticios e industriales. Quedaban muy por debajo de las necesidades españolas. El OKW (*Oberkommando der Wehrmacht*) consideró que el apoyo militar era mejor que se hiciera a través de unidades alemanas que por medio de armamento desperdigado. Recuerdos de la Cóndor...

30. Lo cual no obsta para que, después, en la primera versión de sus memorias, Serrano lo presentara de otra forma: «Yo no era partidario de una intervención [...] A España [...] correspondía entonces respecto a Francia apoyarla y tutelarla frente a los alemanes *con el designio de obtener de ella misma —con su propio asentimiento—* la satisfacción de lo que yo creía que eran nuestros derechos en África y la reparación de una injusticia». 1947, p. 161.

31. «La voz de Franco en este aniversario», *Arriba*, 19 de julio de 1940. El discurso se menciona con frecuencia en la literatura (Goda, Smyth, etc.). Según lo publicado en *ABC* y en el periódico falangista, Franco no aludió al vector geográfico pero sí, nuevo Hernán Cortés, a las glorias imperiales de antaño. Las itálicas son mías, y suscitarán, probablemente, carcajadas homéricas en el amable lector. En el desfile militar del día siguiente se oyeron gritos de ¡*Gibraltar español!*, y el embajador británico abandonó ostensiblemente la tribuna. Detwiler, pp. 25s.

tros poco más tarde. En él, los autores, tras describir la situación en los tonos más sombríos, se vieron obligados a señalar que cabría encontrar una solución satisfactoria «si el Gobierno estima que vale la pena de sacrificar no, naturalmente, la orientación fundamental de la política exterior de España, pero sí determinadas estridencias de publicidad y agitación pública...». ³²

Por desgracia, y quizá a causa de la acción de los bichitos fibrópagos que actúan en los archivos de la dictadura, ha desaparecido mucha documentación sobre los problemas económicos y de subsistencias de aquella sombría época. También sobre los políticos. ³³ Queda, no obstante, la suficiente como para establecer una diferenciación nítida entre las proclamas de independencia tan caras a Franco y a sus cohortes fascistas, cada día más histéricas, y la difícilísima realidad subyacente.

En el acuerdo de marzo de 1940 con los británicos, se indicaron los productos que necesitaba España: café, ³⁴ bacalao, huevos frescos, maíz, tabaco en rama, azúcar, sebos, grasas, trigo, algodón, yute, manila, sisal, semillas oleaginosas, carbón, aceros especiales, ferroaleaciones, cobre manufacturado, mineral de manganeso, estaño, gasolina, petróleo, gasoil, lubricantes, abonos nitrogenados, fosfatos, productos químicos, maderas, etc. ³⁵ Ninguno de ellos podía obtenerse entonces del Tercer Reich. En Londres se conocía perfectamente la situación de escasez e incluso se mejoró el sistema de información. La base documental que existe al respecto en los archivos de Kew daría para escribir un libro.

La posición inicial del MGE la resumió su titular, Dalton, a uno de sus representantes en Madrid, David Eccles. *Le había chocado que los*

32. AMAEC: R-2246, E 75. Citado en Viñas *et al.*, en 1979. El editorial de *Arriba* no hubiera podido publicarse sin la autorización de la censura. Serrano no solo era entonces presidente de la Junta Política de Falange, sino también su delegado nacional de Prensa y Propaganda y, lógicamente, no podía darse «el absurdo de que el personal burocrático de la Dirección de Prensa censurara la prensa del partido». Carta a Franco, 10 de mayo de 1941. *Documentos inéditos*, tomo II-2, doc. n.º 165. Las referencias de Suárez, 1997, a una «nueva política económica» carecen de toda apreciación crítica.

33. Serrano contaría a Saña, pp. 200s, que no sabía cómo había desaparecido un documento (el protocolo de Hendaya, al que aludiremos posteriormente). En realidad, la destrucción fue amplísima y sistemática y afectó también a sus papeles y a los de su gabinete. Una casualidad.

34. Esto puede explicar que la CAT no tuviera muchas dificultades en vender el café proporcionado por Franco y cuyo contravalor fue a engrosar sus ya bien nutridas cuentas corrientes. Viñas, 2015, cap. V.

35. Ya en junio de 1938 se había establecido por Orden Circular del Ministerio de la Gobernación una primera relación de productos que se consideraban de primera necesidad alimentaria. Entre ellos, figuraban varios relacionados en el acuerdo. Arranz Bullido, pp. 26s.

*españoles se hubieran negado a solicitar navicerts, que no aceptasen ofertas de trigo, que se desataran en feroces ataques antibritánicos, etc.*³⁶ Estaba de acuerdo en que había que mantener a España fuera de la guerra y evitar también que se convirtiese en un canal de suministros para los enemigos, pero tenía sus dudas. Si al final los españoles entraban en la contienda, no se perdía nada por obligarles a pasar hambre unos cuantos meses antes.³⁷ Este fue un enfoque diferente al que un nuevo embajador en Madrid ya estaba preconizando.

LOS PLANES DE LA SECCIÓN D DEL SECRET INTELLIGENCE SERVICE

En el terreno clandestino, Londres también empezó a tomar medidas desde el primer momento, aunque con carácter secundario. Al comienzo de la guerra europea, una sección conocida como D formaba parte integrante del SIS, el servicio secreto de inteligencia exterior británico (MI6). Sus orígenes se remontaban a abril de 1938, cuando se había querido establecer una organización capaz de realizar acciones ofensivas de tipo subterráneo, como las que ya poseían los países del Eje. La Sección D evolucionó lentamente para abordar tres tareas inmediatas: investigación sobre dispositivos utilizables en operaciones de sabotaje, no solo físicos sino también morales (propaganda, acción política); identificación de posibles objetivos; y organización de contactos con futuros Estados neutrales. De aquí que se crearan pequeñas misiones en Francia (país aliado) y en Suecia, Noruega y Holanda. También en España, aunque de su actividad parece que no se han conservado muchos papeles. Dado el curso de la guerra en Europa occidental todas ellas desaparecieron, salvo la española.³⁸

En España, la única actuación de que se tiene noticia fue la creación, a finales de 1939, y el mantenimiento ulterior de una «organización» denominada Alianza Democrática Española (ADE), que me es bastante desconocida. Su central se encontraba en Foix. Es, sin embargo, importante porque algunos de los principios en que se fundamentó el apoyo fueron similares a los que inspiraron operaciones mucho más complejas y que forman la columna vertebral de este libro.

36. Preguntas: ¿por qué sería?, ¿se hacía sin conocimiento de Franco? Con bastante probabilidad, Suárez respondería que, en el fondo, de lo que se trataba era de engañar a Hitler. Lo indico para subrayar que con esa tesis puede justificarse absolutamente todo. También el hambre de los españoles.

37. FO 800/323, p. 159.

38. Mackenzie, pp. 12-15, ofrece una descripción de esta oscura sección.

La ADE se estableció sobre la premisa de que la política británica hacia España estribaría en *evitar cualesquiera acciones que pudieran perjudicar la posibilidad de que Franco abandonara la política de neutralidad*. La Sección D consideró cuatro alternativas a medida que fueron confirmándose los indicios de que la Italia de Mussolini podría abandonar su posición de no beligerancia. La primera fue que el Gobierno franquista mantuviese la neutralidad a pesar de una eventual declaración de guerra italiana. La segunda, que la neutralidad española se relajara en el sentido de que Franco prestase ayuda encubierta al enemigo (que fue la alternativa seguida). La tercera, que esta ayuda se hiciera abiertamente; y la cuarta, la muy teórica posibilidad de que, ante el riesgo de participar en una guerra exterior, el Gobierno franquista se enfrentara a una sublevación interna.

Así pues, en el período de la inicial neutralidad española, la Sección D se había limitado a organizar y prestar ayuda a los componentes más adecuados de un posible frente no intervencionista bajo el lema de *ESPAÑA PARA LOS ESPAÑOLES*. Es importante destacar este lejano y olvidado antecedente porque, como veremos, constituiría una de las ideas motrices de la más importante acción subterránea británica en España durante la primera fase de la guerra.

Con tal bandera, la Sección D había contactado con lo que denominó los elementos más estables de los diversos partidos políticos republicanos radicados en Francia. No se trataba de gente demasiado conocida, pero en sus respectivos círculos tenían buen nombre. Todos ellos se habían mostrado dispuestos a aparcarse sus diferencias ideológicas por el momento. *Otra característica importante era que la Sección D había obrado a través de intermediarios* españoles sin que la inmensa mayoría de sus integrantes supieran que había detrás dinero o ideas británicas. Recuerde el lector esta noción básica. Volveremos a encontrarla. Su actuación se había limitado a intentar distribuir 350.000 octavillas dirigidas a TODOS LOS ESPAÑOLES y cuyos puntos esenciales fueron: la declaración en favor de la independencia de España y en contra de toda influencia extranjera; el establecimiento de un régimen democrático que permitiese vivir sin odios y sin temor a represalias y persecuciones; la neutralidad efectiva en la guerra europea; y la reconstrucción de España, hecha por españoles y para los españoles.

La ADE no se trataba de una fuerza política propiamente dicha, sino de un instrumento a través del cual podría distribuirse la propaganda. La idea era que sirviese de núcleo, en caso de necesidad, para poner en marcha un proceso que pudiese atraer la formación de coaliciones, sobre todo si la evolución política conducía a la entrada de España en la guerra.

La Sección D pensaba que si Italia o Alemania intervenían en España se produciría más o menos espontáneamente una reacción de resistencia. Si esta no tenía lugar o el Gobierno español se abstenía de prestar ayuda al Eje (por lo que no sería necesaria una contraintervención británica), la ADE podría servir de núcleo para dinamizar dicha resistencia, aunque el abanico debería abrirse. El coste de la ayuda se había mantenido en límites moderados, pero los fondos disponibles no serían suficientes de cara a una actuación mucho más amplia.

Naturalmente, de los manejos de la Sección D estaba al corriente en términos generales el Foreign Office, no en vano el SIS dependía de él. Uno de los diplomáticos que tendrá un papel importante en esta historia, Roger M. Makins, señaló que estaba de acuerdo con abrir el abanico y que el SIS haría bien en contactar a representantes vascos, exmonárquicos, requetés y católicos, a muchos de los cuales no les gustaban las doctrinas falangistas. *En todo caso era imprescindible que el apoyo británico a la ADE no se conociera porque, de lo contrario, podría producirse una auténtica catástrofe.*

Aquí interviene un factor que no cabe olvidar en ningún momento de la complicada historia que se aborda en este libro. Como tantos otros de su clase, condición y generación, Makins no creía que en España el terreno estuviese abonado para un régimen democrático. No había que hacerse ilusiones y apostar por un caballo que no fuese ganador. Un régimen totalitario, con ribetes religiosos, a lo Salazar, resultaría probablemente más apropiado para España. No sabemos si esta idea central llegó a proponerla en el desarrollo de sus aplicaciones prácticas.

También añadió Makins una tercera orientación que permearía sucesivas actuaciones británicas. Londres se encontraba en la poco habitual posición de tener que apoyar a Franco para contrarrestar las tendencias intervencionistas y falangistas en favor de una entrada en guerra. Es decir, *no había que ayudar a los adversarios del Caudillo*. Ahora bien, si este se inclinaba por el Eje, era evidente que entonces sí debería transferirse dicho apoyo a sus opositores. Lo ideal sería, pues, que estos se mantuvieran en un estado de somnolencia inducida (el calificativo es mío) del que pudieran fácilmente despertar.³⁹ Si esto no responde a los cánones más clásicos de la *Realpolitik* británica del XIX, no sé qué podría ser.

39. Hay una ligera referencia a la Sección D en Mackenzie, pp. 32s. Mi exposición es mucho más completa.

LA MISIÓN DE PETER KEMP PARA EL MI (R)

Ignoro hasta qué punto los servicios de inteligencia británicos que operaban en España hubiesen penetrado en los círculos militares próximos a Franco en mayo de 1940. Según algunas pepitas de información, el Secret Intelligence Service (SIS o MI6) no había rendido lo suficiente, a pesar de todas las fantasías en que incide el profesor Suárez.⁴⁰ Por no saber, no se han encontrado todavía documentos que revelen quién era en los primeros meses del conflicto europeo su representante en Madrid, que, obviamente, operaba camuflado. Jimmy Burns afirma que se trataba de un tal Edward de Renzy Martin, que ya estaba en la zona franquista durante la guerra civil. Su sucesor fue su homólogo en París, Leonard Hamilton-Stokes,⁴¹ que tenía experiencia recogida en el período de la guerra española desde la atalaya de Gibraltar.⁴² En el período de entreguerras, se había fortalecido la red de espionaje sobre España y Marruecos, se interceptaron las comunicaciones del cónsul español, y los británicos disponían en el Peñón de una delegación del MI5 (Servicio de seguridad y contraespionaje).

En Internet circula la idea de que al frente de los agentes del SIS en Madrid se encontraba Hugh Pollard, el capitán (no mayor) incrustado en la operación del *Dragon Rapide* en julio de 1936. Según su expediente, ingresó de forma oficial en el MI6 el 31 de enero de 1940 y entró a trabajar en, precisamente, la Sección D cuya labor de cara a España ya hemos comentado. Adelantemos que la sección no tardó en fusionarse con la que dependía del War Office, denominada MI (R),⁴³ que, entre otros temas, se ocupaba de la guerra subversiva, antes de que a ambas las absorbiera el SOE.⁴⁴

40. La primera historia oficial del MI5 de John Curry, p. 274, ya señaló que el MI6 no estaba en condiciones de ayudarles en 1940, tras la caída de Holanda y Bélgica, porque su conocimiento de la situación española y de los órganos de espionaje alemanes en España era deficiente.

41. Según Jimmy Burns, pp. 135, 189 y 388, arribó a Madrid a principios de 1940. Llegó a contar con un equipo de 14 personas que controlaba una red de 168 agentes y subagentes. Sin fuentes. Su padre, Tom Burns, pp. 87s, no identificó al jefe de estación. No escribió absolutamente nada sobre sus actividades, si es que llegó a enterarse de algunas de ellas. Hamilton-Stokes parece que se quedó en Madrid casi hasta el final de la segunda guerra mundial, cuando le sustituyó David Thompson. Suárez, 2015, p. 267, con su «gran» conocimiento del período, se inventa una persona inexistente: Thomas Burney.

42. Gibraltar había sido el gran foco de las actividades de inteligencia británica en la Gran Guerra, como ha puesto de manifiesto García Sanz. Los británicos no tenían que descubrir la pólvora ni reinventar la rueda.

43. Military Intelligence (Research).

44. Sigo la descripción de Twigge *et al.*, pp.168s, que tiene mayor autoridad que el relato periodístico de Day, pp. 134s.

La actividad del MI (R) tampoco es demasiado conocida, a pesar de la extensa descripción que de ella ofreció Mackenzie. En el caso de España, destacan dos pequeñas actuaciones: el envío de una misión de exploración a Canarias, en fecha que no he logrado determinar,⁴⁵ y, sobre todo, la misión de un excombatiente inglés en la guerra civil, en el bando de Franco, primero como integrante de un tercio de requetés y luego en la Legión.⁴⁶ Su nombre dice mucho a los expertos: era el capitán Peter Kemp. Fue reclutado en junio de 1940 y, a mitad de mes, el MI (R) lo envió a España. Su misión estribaba en ojear el estado de opinión y las condiciones en que se encontraba el país. Debía hacer todo lo posible para contrarrestar la impresión de que los británicos pudieran perder la guerra o de que no combatirían hasta el fin. Investigaría las posibilidades de que se produjera una eventual invasión alemana de la península, explorar las que hubiera para establecer contactos, con el fin de reforzar la resistencia española, y determinar los lugares costeros en que pudiesen desembarcar tropas del Reino Unido. En esto último los británicos se mostraron previosos, porque volvieron con fuerza a tal noción a medida que pasaba el tiempo. También lo hicieron, por cierto, los alemanes.

A la vista de este catálogo de tareas, y a la salva distancia de casi ochenta años, es posible argumentar que el MI (R) no carecía de cierta ingenuidad con respecto a España pero quizá revele también que, en junio de 1940, los británicos no habían logrado establecer todavía un sistema de información y espionaje eficiente. Lo cual no tendría, por cierto, nada de extraño. Es obvio que la embajada contaba con personal capacitado, pero ¿podría desplazarse sin llamar la atención?, ¿cubrir España y Portugal desde un mismo prisma operativo?

Kemp actuaría bajo la cobertura de agregado de prensa adjunto a la embajada en Madrid, pero lo haría con independencia de la misma. Sus instrucciones y fondos los recibiría por conducto de las representaciones diplomáticas y sus informes los enviaría a Londres por la misma vía. Es decir, se trataba de una misión oficial. El War Office informó de la misma

45. En los archivos del SOE hay una nota, fechada el 10 de junio de 1940, donde se menciona la posibilidad de infiltrar a agentes británicos, repartir sobornos a los canarios, crear un movimiento clandestino de tipo local y otras ideas completamente absurdas. Sin embargo, hay una frase que da que pensar: la posibilidad de generar efectos tendría que hacerse «*mediante la influencia que pueda ejercerse sobre el general Franco*». Esto quizá signifique que también la idea de sobornos ya flotaba en el ambiente en Londres fuera del Foreign Office. TNA:HS6/962.

46. Sus memorias, debidamente censuradas, ¡faltaría más!, se publicaron en España en 1959.

al agregado militar, el coronel Wyndham Torr, pero la respuesta de la embajada se demoró y Kemp hubo de partir sin su visto bueno. Recibió órdenes verbales, eso sí, del jefe de la unidad, el teniente coronel J. F. C. Holland: debía ponerse en contacto con Pollard, quien le daría más instrucciones. Surge así, pues, Pollard en este relato, indudablemente como agente de la Sección D, aunque no se sabe si estaba destinado en Madrid o si se encontraba en una misión.⁴⁷

El futuro agregado adjunto se dirigió, pues, a Lisboa el 28 de junio y se presentó al agregado militar en Portugal, el teniente coronel Parry-Jones, quien se cogió un berrinche monumental y criticó al MI (R) en los términos más duros posibles. A los pocos días, un telegrama de la embajada en Madrid ordenó a Kemp que permaneciera en la capital lusitana hasta recibir nuevas instrucciones.⁴⁸ Quien sí llegó allí fue Pollard. Se había enterado tarde de su aparición. Le dijo que no sería posible que fuese a Madrid pero, de acuerdo con Torr, sí a Guipúzcoa y Navarra, en donde Kemp tenía viejos contactos. Iría como turista y debía informar acerca de eventuales movimientos de tropas y de las posibilidades de resistencia españolas ante una invasión alemana.

Hacia el 7 de julio, Kemp se desplazó a San Sebastián. Nadie le incomodó, debido a las condecoraciones españolas que llevaba en la solapa. En su informe de misión escribió que antes de llegar a la capital donostiarra los soldados alemanes habían paseado por sus calles vestidos de uniforme, pero que ya habían desaparecido ante la indignación de la población. Se entrevistó con viejos amigos, muy antifalangistas, aunque partidarios de Franco, de sus tiempos de combatiente en el Tercio de Nuestra Señora de Begoña, entre ellos, Ramón Urquijo y Pedro González Lasa. Se enteró, por ejemplo, de que los alemanes, al ocupar San Juan de Luz, habían utilizado la documentación de los bancos para chantajear a quienes tenían en ellos depósitos ilegales según la legislación española. ¡Patriotas!

Kemp también se encontró con Rosalinda P. Fox,⁴⁹ la amante inglesa de Beigbeder, con la que se propuso quedar en contacto, acción que apro-

47. En Viñas, 2012, pp. 182s, ya argumenté que sería improbable que Pollard estuviese destinado de forma permanente, dado que su expediente personal lo sitúa en Londres en mayo de 1940.

48. El nombre de Kemp ha sido cuidadosamente borrado del informe. Las razones se me escapan.

49. Suárez, 2015, p. 255, quizá con cierta afición a las novelas de espionaje, se inventa «el enigmático nombre de *Fox*» para una operación clandestina y hace miembro del SIS a Rosalinda Powell, algo que no está en modo alguno documentado. El dato más importante del libro lo ignora. Beigbeder y ella se conocieron en Berlín en marzo de 1936, cuan-

baron Pollard y Torr. Sin embargo, por razones no explicadas, decidieron que no debía verla en Lisboa, a lo que Kemp se plegó, ya que no le había tomado demasiada simpatía. Incluso ayudó a escapar a unos cuantos soldados escoceses que querían pasar a España.⁵⁰ Comprendió que sería relativamente fácil organizar más fugas con la colaboración de bandas de contrabandistas, pero de pronto recibió instrucciones de regresar a Lisboa lo antes posible.

En la capital portuguesa se vio con Torr y, de nuevo, con Pollard. El primero le dijo que había autorizado su viaje a Guipúzcoa sin contar con el embajador, dada la urgencia de la situación, pero esta ya había pasado y debía retornar cuanto antes a Londres. Le ordenó, eso sí, que no mencionase a nadie lo ocurrido. Kemp se atuvo a ello hasta octubre de 1941, fecha de su informe al SOE. Pocos días antes, un funcionario de la embajada en Madrid de regreso le había informado que fue uno de los instrumentos del jefe de la nueva organización, Hugh Dalton, ministro también de Guerra Económica, quien había querido establecer un servicio de información paralelo en España.⁵¹ ¡Vaya lío!

Así pues, de lo que antecede se desprende una cierta rivalidad entre organizaciones vinculadas al War Office y al SIS, y también con el Foreign Office, además de una situación un tanto confusa. Es más, reforzamos la hipótesis de que Pollard no estuvo permanentemente destinado en Madrid, porque se sabe que la visitó en el curso de una misión que hizo a Lisboa a principios de noviembre de 1940. Las grotescas sugerencias que elaboró a su regreso, y que algunos autores abultan de manera indebida, indujeron al MI6 a prescindir de él de forma inmediata. El nuevo agregado de prensa, Tom Burns, confirmó en sus memorias el paso de Pollard por la capital española.⁵² En todo caso, parece claro que no cabe equipararlo con el representante del SIS en el período de la inicial neutralidad española.

do el entonces teniente coronel fue con Sanjurjo a implorar ayuda nazi para la futura sublevación (como es un tema delicado, ni se le ocurre mencionarlo). Besas, p. 9, que la menciona con frecuencia, también desconoce tal origen. Preston, 2015, p. 407, afirma que Serrano se sirvió de ella para arrojar dudas sobre la lealtad de Beigbeder.

50. Esta acción está confirmada en las memorias de Fox, pp. 189-193. Sin embargo, el que Pollard y Torr la conocieran hace pensar que Fox podría haberse convertido en una informante ocasional. Fox misma cuenta que, así como odiaba a Peterson, encontró a Hoare muy caballeroso y muy atento. No tardó en abandonar España para reinstalarse en Portugal.

51. El informe de Kemp se encuentra en TNA:HS6/921.

52. Una nota manuscrita, sin fecha, procedente de los fondos de la FNFF, señaló que se sospechaba con mucho fundamento de que Burns era, en realidad, el jefe del Intelligence Service en España y Portugal porque iba mucho a Lisboa. CDMH: doc. n.º 53. Los espías de Franco tenían la mosca tras la oreja, pero andaban a oscuras.